

Azagra condescendió,  
 é Isabel se fué á orar  
 á la virgen, y á llorar,  
 y Azagra se recogió.  
 Diego volvió de la guerra  
 al quinto año, al mismo día  
 como prometido había  
 al marcharse de su tierra.  
 Cuando sus padres le vieron  
 tiernamente le abrazaron,  
 pues muchos días pasaron  
 que por muerto le tuvieron.  
 Como D. Diego observara  
 en ellos cierto pesar  
 quiso al momento apear  
 lo que aquello motivara;  
 y cuando el padre le dijo  
 que Isabel casada estaba,  
 con tal noticia pensaba  
 haber perdido á su hijo.  
 Como si un rayo le hiriera  
 quedóse petrificado,  
 aturdido, anonadado  
 porque nunca tal creyera.  
 Vuelto en sí de su estupor  
 lloró tan amargamente  
 que al verle tan solamente  
 causaba terrible horror.  
 Por fin un tanto calmado  
 en apariencia el dolor,  
 pide al padre por favor  
 estar solo y retirado;  
 y apenas condescendió  
 D. Martín del hijo al ruego,  
 cuando á la calle D. Diego  
 al instante se largó.  
 Corre de Azagra á la casa  
 más que centella veloz,  
 llevando un volcán atroz  
 en el pecho que le abrasa;  
 y sin que nadie le viera  
 se cuela precipitado  
 de mil ansias acusado  
 á do amor le condujera.  
 En un cuarto donde brilla  
 trémula luz de una vela,

de puntilla y con cautela  
 se introduce el de Marcilla.  
 Azagra estaba dormido,  
 Isabel en oración  
 y con tanta devoción  
 que Marcilla no fué oído;  
 mas este tan conmovido  
 estaba y fuera de sí  
 que un raptó de frenesí  
 le arrancó un triste gemido.  
 Mira Isabel azorada,  
 y á su lado ve un guerrero  
 que le dice «Isabel, muero,  
 de ti viene la estocada.  
 Hágate feliz el cielo  
 pues yo no puedo serlo,  
 si un día llegué á creerlo  
 hoy sólo morir anhelo.  
 Adios... Isabel... Adios...»  
 Y sin poder acabar  
 vióle Isabel aspirar:  
 entonces un grito atroz  
 dió Isabel que despertó  
 á Azagra despavorido,  
 quien en un sillón tendido  
 un cadáver encontró.  
 Tal fué el terrible delirio  
 que le cogió á Isabel,  
 tan horrendo y tan cruel  
 de su pecho era el martirio,  
 que cayendo sin sentido  
 en el suelo así exclamó:  
 no me culpes... Diego... yo...  
 por... ti... sólo... he vivi...dol»  
 De las campanas al vuelo  
 al otro día en Teruel  
 de D. Diego y de Isabel  
 llamaban al triste duelo.  
 En magnífico panteón  
 fueron los dos enterrados,  
 y en Teruel visitados  
 por los viajeros son.  
 Esto en compendio es la historia  
 descrita por pluma fiel;  
 tenga Dios en santa gloria  
 LOS AMANTES DE TERUEL.

FIN

*(Es propiedad)*

Imps. Hospital, 19 «El Abanico»



## LOS AMANTES DE TERUEL

Nueva relación histórica y compendiada

de los amores y trágico suceso de dichos amantes.

Don Diego de Marcilla y Doña Isabel de Segura

### SEGUNDA PARTE

En un soberbio alazano  
 que el huracán desafia,  
 cabalga con bizzaría  
 un guerrero castellano.  
 No se detiene un momento

en su impetuosa carrera  
 que el caballero quisiera  
 volar con el pensamiento.  
 A Castilla se encamina  
 donde una hueste aguerrida



por el rey mismo escogida  
está á formarse vecina.  
Pronto á regar el laurel  
con la sangre de sus venas  
parte á lidiar como fiel  
contra huestes sarracenas.  
La nobleza que más brilla  
ya se encuentra á la sazón  
con los reyes de Castilla,  
de Navarra y Aragón.  
Encuéntanse con los tales  
los caballeros templarios  
de Montpellier y otros varios,  
todos en valor iguales.  
Y el que sin paz ni sosiego  
hace minutos las leguas,  
sin dar á su escape treguas:  
es el amoroso Diego.  
Que carcome su memoria  
de su desgracia la idea  
y va á buscar muerte ó gloria  
en la sangrienta pelea.  
Porque un recuerdo cruel  
hacia el combate le llama,  
que ha de comprar con su fama  
el cariño de Isabel.

Su nombre paso le ha hecho;  
y al punto le han admitido:  
con la roja cruz al pecho  
está á luchar prevenido.  
Esperaba el paladín  
mostrar pronto la pujanza  
de su brazo y de su lanza;  
cuando el guerrero clarín  
rasgando los aires vanos;  
retumba en los hondos senos  
llamando á todos los buenos  
á luchar como cristianos.  
El pecho de Diego late  
y se arroja denodado  
donde más encarnizado  
espera hallar el combate.  
Y en los peligros se place  
y sin temer mil aceros,  
abre, atraviesa y deshace  
una nube de guerreros.  
Si alguna vez la fortuna  
en su inconstante tarea,  
lo mejor en la pelea  
concede á la media luna;  
de su valor hace alarde,  
renueva el vigor perdido  
y deja roto y vencido

al cerraceno cobarde,  
y convierten sus valientes  
el belicoso escuadrón  
en asqueroso montón  
de cadáveres sangrientos.  
El conde de Haro que estaba  
al frente de los cruzados  
vió los triunfos señalados  
que el Marcilla alcanzaba;  
y para recompensarlos  
cuando la acción terminó,  
el nombramiento le dió  
de capitán de Caballeros;  
y admirándole tan bravo,  
de tal denuedo y pericia,  
lo hizo llegar á noticia  
del rey D. Alfonso octavo.  
Al salir de los horrores  
de cada lucha en que entraba,  
el buen Diego se entregaba  
á sus recuerdos de amores.  
Para alentar la esperanza  
de la que ansiosa le espera  
la noticia sin tardanza  
su futura lisonjera.  
¡Mas en cuán fatal engaño  
confía su corazón!  
la más infame traición  
fraguando están en su daño.  
Porque el padre de su amada  
con la edad se hizo avariento,  
y para lograr su intento  
le falta á la fé jurada.  
Las cartas del buen amante  
llegan todas á Teruel;  
mas el padre de Isabel  
las intercepta al instante;  
porque ha formado el concierto,  
aunque en el alma se aflija,  
su buena y cándida hija,  
de dar á Diego por muerto.  
Así lo hizo en efecto  
en su ambiciosa impiedad  
para lograr su proyecto  
con toda felicidad.  
En tanto pasaban días...  
Isabel, muy afligida,  
se encontraba sumergida  
en negras melancolías.  
Ya había pasado un año  
y ella en lágrimas deshecha  
no se atreve á la sospecha  
de que en Diego quepa engaño,

pero tal incertidumbre  
en duda su amor atiza,  
y una cruel pesadumbre  
su corazón martiriza.  
Don Pedro con entereza  
tuvo un día el ardimiento  
de ofrecerle en casamiento  
un joven de gran riqueza;  
diciéndole que el callar  
de su amante, suponía,  
que muerto en la guerra habría.  
Mas ella sin vacilar,  
contestó: «Padre y señor,  
si muerto á Diego creis  
no hallo justo que aumenteis  
mi dolor con más dolor;  
tal vez en prisión cruel  
sufre solo y desvalido,  
por el amor que ha tenido  
á su querida Isabel!  
Tal vez ¡ay Dios! haya muerto  
por mí! por mí!... desdichada  
y quereis que preparada  
al importuno concierto  
de mis bodas esté yo?  
yo he de hacer tan fea acción?  
pensáis que mi corazón  
es de bronce, padre? no!  
Cinco años de plazo tiene,  
en memoria lo tened,  
si en cinco años no viene  
lo que más os guste haced.  
Entonces yo rogaré  
por el de Marcilla á Dios;  
por complaceros á vos  
entonces me casaré.  
Pretende Azagra mi mano,  
á Azagra me proponéis,  
que le aprecio ya sabéis  
como á noble castellano.  
Si ¡ay Dios! si la muerte airada  
me roba mi bien querido,  
triste de mí? resignada,  
lo aceptaré por marido.  
Mas si amante, señor,  
vuelve y su amor me consagra,  
tened piedad de mi amor  
y no me habéis más de Azagra.»  
Don Pedro vió su aflicción  
y se retiró al momento  
aguardando otra ocasión  
de poder lograr su intento.  
Entre tanto el pobre amante

por Isabel peleaba,  
por Isabel alcanzaba  
el renombre de valiente.  
Ayl de qué te sirve Diego,  
tu valor y tu honradez  
si tu obra destruye luego  
la ambición de la vejez?  
Si el premio de tus arrojados  
participas á Isabel,  
que vale si un padre cruel  
lo ha de ocultar á sus ojos?  
Don Pedro continuaba  
en su ambiciosa manía;  
cuantas cartas escribía  
Diego, las ocultaba,  
y proponía de nuevo  
á Isabel el casamiento.  
La joven se resistió  
su juramento alegando,  
mas iba el tiempo pasando  
y en fin el plazo llegó.  
D. Pedro que ya tomadas  
tiene sus medidas todas,  
hizo celebrar las bodas  
tanto tiempo deseadas.  
De alegre música al son  
Isabel llegó al altar,  
envuelto su corazón  
en el luto y el pesar;  
y contristada y llorosa  
dió su temblorosa mano  
á Azagra que muy ufano  
la recibió por esposa.  
Con tan plausible ocasión  
dió Azagra un baile suntuoso  
dó asistió lo más gracioso  
y más noble de Aragón.  
Pero llegado el momento  
de despedir á la gente,  
Isabel humildemente  
y casi falta de aliento  
le dice al marido así:  
«Ya mi mano os entregué,  
seros fiel os prometí,  
y hasta morir lo seré:  
mas os ruego que por hoy  
vuestros goces suspendais,  
Azagra, si es que me amais,  
porque muy postrada estoy:  
permitidme dedicar  
esta noche á la oración  
para que mi corazón  
venga Dios á confortar.»